Ecos de Ash

CADENAS DE HIELO

Ubicación: Moscú, Rusia.

*Objetivo: **Sergei Volkov**, 55 años. Entrenador de patinaje artístico de renombre mundial, conocido por haber llevado a múltiples atletas al oro olímpico. Sin embargo, detrás de la perfección se esconden denuncias de abuso físico y psicológico extremo hacia sus pupilos, quienes viven bajo su control absoluto.*

Herramientas:

- *Rifle de precisión Lobaev Arms DVL-10, diseñado para bajas temperaturas.*
- *Mirilla térmica "Frostbite-7".*
- *Pase de prensa con identidad falsa: Alexander Petrov, reportero deportivo.*
- *Punto de disparo: las gradas altas del estadio, aseguradas como área restringida.*
- *Micrófono direccional de largo alcance integrado.*
- *Vehículo de extracción: BMW X5 negro con placas falsas, estacionado a dos cuadras del recinto.*

El frío de este país se filtra hasta los huesos, pero no afecta mi concentración. Me encuentro en las gradas más altas, invisible entre las luces y las cámaras que iluminan la pista de hielo. Desde aquí, el escenario es un cuadro perfecto: Sergei Volkov de pie junto a la barrera, con los brazos cruzados, observando a su pupila mientras ejecuta una rutina impecable.

Abro el maletín y comienzo mi tarea. Cada pieza encaja con un clic metálico, resonando en el silencio de mi posición. Distancia de 198 metros. Movimiento del objetivo estático y sin viento. Mi ritmo cardiaco es estable. Calibro la mirilla y me enfoco en mi objetivo.

En la mira

Sergei no sonríe. No aplaude. Sus ojos solo reflejan insatisfacción, como si incluso la perfección fuera insuficiente para él.

La patinadora termina su rutina, deslizando el último giro con elegancia. La multitud aplaude, pero Sergei permanece inmóvil. Cuando la joven regresa a la barrera, él no la felicita. El micrófono hace sus trabajo y trae a mis oídos sus palabras.:

_ *¿Eso es todo lo que tienes? Eres patética. Ven conmigo ya mismo.*

Se mueven. Se que no es su única competidora. Según mi información hay 4 alumnas de Volkov entraran a la pista en las próximas presentaciones, volverá. Aún así los sigo. Ella camina mientras asiente en silencio, tragándose el dolor como si fuera parte de su entrenamiento. Desaparecen en un box, mientras tanto observo a sus demás alumnas.

El control que Sergei ejerce sobre ellas no es solo físico; es mental, absoluto. Desde aquí, puedo ver las sombras en los rostros de sus pupilos, los movimientos rígidos de quienes han sido moldeados a fuerza de gritos, golpes y amenazas.

Es devastador. ¿Qué habrá sucedido en la vida de este hombre para reaccionar de esta manera? ¿Quién habrá corrompido su inocencia? ¿Quién le quitó su bondad? ¿Habrá sido desde su infancia? Quizás el morbo de sentir el poder sobre el otro. O la estúpida filosofía de confundir disciplina con tiranía. De todas maneras ya es tarde, siempre lo es, porque ya estoy aquí.

Me considero un hombre frío y profesional, pero esta vez, apago el sonido del micrófono. No logro soportar el sonido que proviene desde dentro del box. Mientras tanto, mis ojos observan esos rostros. Esos cuerpos lastimados, sus ojos agotados, sus gestos de terror, nervios y ansiedad como si vivieran una pesadilla en vida. Volkov sale del box, su alumna quebrada en llanto. Toma del brazo a la siguiente y se dirigen a la pista para la siguiente presentación. Repaso los detalles de mi arma confirmando que se encuentre a la perfección, no pienso volver a vivir esta situación dos veces.

Sergei no entrena campeonas; crea esclavas. Cada salto, cada giro, es una cadena invisible que las mantiene atadas a él y a su sueño que solo alcanzarán atravesando sus peores pesadillas. La audiencia, hipnotizada por la belleza de la rutina, no ve la verdad que yace bajo la superficie del hielo.

La segunda alumna comienza su presentación. Es magistral. Sergei la sigue con la mirada, su postura rígida como un juez que nunca encuentra nada digno de absolución. Respiro profundo. Apunto a su pecho. El tiempo se detiene mientras exhalo, los latidos de mi corazón disminuyen. Pienso en esos rostros, esos cuerpos atrapados, esos sueños corrompidos. Latido, me preparo, latido, estoy listo , latido, decido...latido...disparo.

El impacto es perfecto, preciso, bruto y sin piedad. La bala atraviesa su cuerpo con tanta violencia que lo derriba hacia atrás, rompiendo el vidrio de la barrera detrás de él. La multitud grita, algunos se lanzan al suelo, mientras otros miran confundidos. Desde mi posición, el caos parece lejano, casi irreal. Este es el momento donde debo moverme, pero me quedo. ¿Por qué me quedo? Casi de manera inconsciente, vuelvo a aquellos rostros. Las veo suspirar. Mirándose entre ellas se hablan con los ojos con palabras de alivio.

Guardo el rifle con gran velocidad y precisión, cada movimiento calculado, y abandono las gradas mientras las sirenas comienzan a sonar en la distancia.